

Iritzia

Behatokia

POR Koldo Mediavilla



Un escudo protector

Parece que todo está por decidirse. A una semana de la cita con las urnas, existe una gran indefinición a la hora de contemplar el escenario final que deparará el recuento electoral de la noche del 20

NADIE se atreve a pronosticar cómo madurarán su voto los miles de indecisos que, al parecer, no despearán su voluntad definitiva hasta el práctico momento de acudir al colegio donde depositar su papeleta. Nadie acierta a diagnosticar el efecto real de una campaña mediática en la que la sobreexposición televisiva ha podido causar vuelcos espectaculares en la opinión pública o, por el contrario, solo ha influido en el grado de conocimiento de los principales competidores en liza.

Quizá sea el sino de los tiempos, el tiempo en el que la comunicación política se asienta en el impacto audiovisual de las candidaturas, pero la pugna que hemos presenciado por la audiencia, por colocar los mensajes en los principales soportes televisivos, nos induce a pensar que las ganadoras de estas elecciones han sido, antes que ninguna formación, las grandes cadenas audiovisuales. Cadenas que, más allá de las televisiones públicas, tienen sus consejos de administración, sus propias líneas editoriales y, cómo no, sus propias preferencias.

No ha habido franja horaria en la que la diálctica electoral haya estado ausente. Desde los *reality show* hasta los programas de entretenimiento. "Prime time", "second time", informativos, publicidad... una avalancha de mensajes y productos de fidelización de actores que ha llegado a chorro, vía TDT hasta el

último y recóndito hogar de la península. Y, claro está, los grandes perjudicados de esta globalización visual, han sido —hemos sido— las formaciones periféricas. Esas cuyo objetivo no se centra en llegar a La Moncloa ni su ámbito de actuación va más allá de su circunscripción natural.

Vamos, que a los nacionalistas de todo tipo la campaña electoral televisiva nos ha pasado por encima sin comerlo ni beberlo. Baste recordar la presencia del portavoz del PNV en el Congreso en un debate de *La Sexta noche* donde su intervención pareció marciana. Como un extraterrestre al margen de la melé con que *populares*, *socialistas*, *podemitas* y *ciudadanos* participaban en un programa... y Aitor Esteban en otro, pese a estar sentado en el mismo plato.

Pese a todo y como mal menor, el PNV se coló en aquel debate. Algo infrecuente en toda la campaña pues el protagonismo y la antena solo han estado disponibles para el cuatripartito que, al parecer, se disputa el acceso a La Moncloa. Por no hablar de Amairu, la marca madreña de la izquierda abertzale, a la que más allá de la televisión pública vasca se le ha condenado al ostracismo audiovisual.

He aquí un gran hándicap. Quienes no tienen entre sus aspiraciones formar parte en un gobierno español han sido eliminados del espectáculo mediático y su presencia en esta campaña, ya de por sí fría —por fechas y ambiente— se hace muy complicada.

Nadie sabe el impacto que producirá en el electorado la sobreexposición televisiva. Lo cierto es que el trasfondo ideológico ha perdido fuerza respecto a la imagen. Y lo que parecía debía ser una tormenta de ideas, a tenor de la invocación que todo el mundo hacía de una "nueva transición", ha quedado reducida a una pugna sin cuartel para afianzar fortalezas propias y poner en evidencia debilidades ajenas. Emergentes buscando la centralidad y el contraste entre "lo viejo" y "lo nuevo", los hasta ahora hegemónicos intentando que nadie les muerda ni les achique espacios.

Tácticas posicionales sin corriente de fondo. Eso no significa que del cuadro resultante del 20-D no se vayan a producir consecuencias tectónicas que convulsionen la política y, de forma especial, el modelo territorial del Estado. La bandera batida por Ciudadanos y también por otras formaciones en relación al Concerto Económico y el Cupo dan cuenta de que algo muy serio puede llegar a ocurrir en la estructura del propio Estado si prosperan las tesis que abonan un nuevo modelo político sustentado en la unidad. Bajo el pretexto de la *igualdad* de derechos, la nueva sociología política que soporta el parlamento

español puede estar tentada a dar una vuelta de tuerca a los hechos diferenciales sofocándolos desde la uniformidad.

Hay que tener en cuenta que España se enfrenta, quebrada económicamente, a la crisis de una fragmentación institucional insostenible en el tiempo y que ha demostrado artificialidad en su origen y en su fondo. Y, en sentido contrario, los hechos nacionales históricos agudizan su demanda de reconocimiento y respeto a su ámbito de autogobierno. De ahí que de la respuesta que la nueva mayoría surgida de las urnas dé a esta asimetría dependerá el encauzamiento de un problema secular o su enconamiento hasta puntos de difícil retorno.

Por eso, los vascos nos jugamos mucho en esta cita electoral. Si las amenazas recentralizadoras fraguan, nos encontraremos en un escenario de enfrentamiento no deseado, en el que todas las conquistas autonómicas alcanzadas estén en serio riesgo de cuestionamiento. Y el autogobierno ha posibilitado un nivel de bienestar reconocible. Bienestar socioeconómico, bienestar institucional, de empleo, de servicios públicos, de prestaciones sociales, de desarrollo territorial, de convivencia.

Si, aunque no lo parezca, todo está en juego. Son unas elecciones determinantes en las que el nacionalismo vasco pretende utilizar los apoyos que coseche como un escudo protector del espacio conquistado. Y mantener lo que se tiene es, hoy por hoy, un bien nada despreciable.

Para hacer posible ese empeño, el nacionalismo deberá concienciar al electorado vasco de lo mucho que se juega. Deberá superar la supremacía mediática que eclipsa su voz con una presencia activa en la sociedad vasca. Con la fórmula tradicional de la movilización de su estructura. Pueblo a pueblo. Calle a calle. Para hacer oír su mensaje y convencer, boca a oído si es preciso, de la importancia que tiene en este momento disponer de una mayoría vasca que blinde Euskadi de cualquier intento centralista.

Los vascos nos jugamos mucho en esta cita electoral. Si las amenazas recentralizadoras fraguan, nos encontraremos en un escenario de enfrentamiento no deseado

El éxito o el fracaso de esta apuesta pasa por la movilización del electorado, un electorado atrapado por las fechas navideñas y por el ruido mediático, un electorado que puede llegar a confiarse, a creer equivocadamente que todo está hecho y a no sentir como real el desafío que viene.

Quizá el panorama resulte sombrío y pesimista, pero los tiempos no parecen alentar la lírica. Aunque cualquier reto puede convertirse en oportunidad. Un cambio parece llegar. Lo que nadie se atreve a determinar es el sentido del mismo.

A Ramón Zallo, el combativo profesor universitario cuya inquietud política le acompaña desde aquellos viejunos tiempos de la Liga Comunista Revolucionaria, esta perspectiva defensiva no le motiva demasiado. Tampoco la posición del partido mayoritario —el PNV— que califica de "una gestión sin proyecto". Por eso cree que los nacionalistas, amparados en el "valor refugio y escoba para electores de todo tipo" no tendremos peso en la política de Estado, "salvo carambolas", reservándonos "nueve años en blanco de proyecto y de mera defensa del Concerto y de una reforma estatutaria de andar por casa".

Zallo se siente molesto por unas alusiones que le dediqué meses atrás cuando, junto a sus compañeros de revolución pendiente, lanzaron al ruedo su propuesta de una alternativa unitaria de izquierdas como candidatura del cambio político en Euskal Herria. Lástima que su apuesta, una vez más, no haya cuajado. Me hubiera gustado, de verdad, que hubiese tenido la oportunidad de contrastar, por una vez, su alternativa con la realidad. Sin la *pólvora del rey* ni la ventaja que da el vivir a la sombra de distintos árboles que protejan la piel propia del abrasador sol de ahí afuera.

Sabe el catadrático de la UPV que no fue mi intención ofenderle. Si así lo interpretó, lo lamento. Quien no se equivoca nunca, ni cuando predijo el fracaso del Museo Guggenheim en su puesta en marcha bilbaína, debe ser compasivo con quienes erramos a menudo. Ya se sabe, lo nuestro es una "gestión sin proyecto", administrar los tiempos muertos. Lo suyo es la iniciativa política. Si acierta con su vitimismo de Catalunya, de la activación social de Gure Esku Dago o del nuevo proceso que traerá la salida de Otegi de la cárcel, tal vez tenga otra oportunidad para abandonar nuevamente un proyecto de vanguardia. Suerte. Y no desfallezca. Mientras tanto, y aunque le aburra, ya estará aquí el PNV para, como siempre, sacar las castañas del fuego.

* Secretario del EBB de EAJ/PNV